

CANTO XV.

En este quinceno y último canto se acaba la batalla, en la cual fueron muertos todos los araucanos, sin querer alguno dellos rendirse. Y se cuenta la navegacion que las naos del Perú hicieron hasta llegar á Chile, y la grande tormenta que entre el rio de Maule y puerto de la Concepcion pasaron.

¿Qué cosa puede haber sin amor buena?
¿Qué verso sin amor dará contento?
¿Dónde jamás se ha visto rica vena
Que no tenga de amor el nacimiento?
No se puede llamar materia llena
La que de amor no tiene el fundamento,
Los contentos, los gustos, los cuidados,
Son, si no son de amor, como pintados.
Amor de un juicio rústico y grosero
Rompe la dura y áspera corteza,
Produce ingenio y gusto verdadero,
Y pone cualquier cosa en mas fineza:
Dante, Ariosto, Petrarca y el Ibero,
Amor los trujo á tanta delgadeza,
Que la lengua mas rica y mas copiosa,
Si no trata de amor, es disgustosa.
Pues yo de amor desnudo y de ornamento,
Con un inculto ingenio y rudo estilo,
¿Cómo he tenido tanto atrevimiento,
Que me ponga al rigor del crudo filo?
Pero mi celo bueno y sano intento,
Esto me hace á mi añadir el hilo
Que ya con el temor cortado habia,
Pensando remediar esta osadia.
Quiselo aqui dejar, considerado
Ser escritura larga y trabajosa,
Por ir á la verdad tan arrimado

Y haber de tratar siempre de una cosa;
Que no hay tan dulce estilo y delicado,
Ni pluma tan cortada y sonora,
Que en un largo discurso no se estrague,
Ni gusto que un manjar no le empalague.

Que si á mi discrecion dado me fuera
Salir al campo y escoger las flores,
Quizá el cansado gusto removiera
La usada variedad de los sabores;
Pues como otros han hecho, yo pudiera
Entretejer mis fábulas y amores;
Mas ya que tan adentro estoy metido,
Habré de proseguir lo prometido.

Al lombardo dejé y al araucano
Donde la guerra andaba mas trabada,
Que vienen á juntarse mano á mano,
La espada alta y la maza levantada.
De malla está cubierto el italiano,
El indio la persona desarmada;
Y así como mas suelto y mas ligero
En descargar el golpe fué el primero.

El membrudo italiano, como vido
La maza y el rigor con que bajaba,
Alzó el escudo en alto, y recogido
Debajo dél el golpe reparaba:
Por medio el fuerte escudo fué rompido,
Y en medio la cabeza le cargaba,
Que batiendo los dientes vió en el suelo
Las estrellas mas minimas del cielo.

El brazo descargó que alto tenia
Sobre el valiente bárbaro el lombardo,
Pensando que dos piezas le haria
Segun era del ánimo gallardo;
Pero Rengo que punto no perdía,
Como una onza ligera y suelto pardo,
Un pronto salto dió á la diestra mano,
De suerte que el cuchillo bajó en vano.

Tras esto el diestro bárbaro rodea
La poderosa maza, de manera
Que acertarle de lleno, no al Andrea,
Pero un duro peñasco deshiciera;
Igual andaba entre ellos la pelea,
Aunque temo yo á Rengo á la primera

Vez que el cuchillo baje, si le halla,
Que habrá fin con su muerte la batalla.

Mas con destreza y gran reportamiento,
Desnudo de armas y de esfuerzo armado,
Entra, sale y revuelve como el viento,
Que en maña y ligereza era extremado:
Hace siempre su golpe, y al momento
Le halla el enemigo así apartado,
Que aunque el cuchillo de dos brazos fuera
Alcanzar á herirle no pudiera

Mil golpes por el aire arroja en vano
El furioso italiano embravecido,
Viendo cómo desnudo un araucano,
Y él armado, le tiene en tal partido:
La izquierda junta á la derecha mano,
Y apretando la espada de corrido
Al bárbaro arremete altos los brazos,
Pensando dividirle en dos pedazos.

El araucano con mañoso brio
Baja la maza firme lo esperaba;
Mas el cuerpo hurtó con un desvío,
Al tiempo que el cuchillo derribaba:
Así que el brazo y golpe dió en vacío,
Y de la fuerza inmensa que llevaba
El gran cuchillo sustentar no pudo,
Quedando allí con solo medio escudo.

Pues como tal lo vió, suelta la maza,
Cerrando el presto bárbaro de hecho,
Y cuerpo á cuerpo así con él se abraza
Que le imprime las mallas en el pecho:
No por esto el lombardo se embaraza;
Mas piensa dél así haber mas derecho,
Y con brazos durisimos lo afierra
Creyendo levantarlo de la tierra.

Lo que el valiente Alcides hizo á Anteo,
Quiso el nuestro hacer del araucano;
Mas no salió fortuna á su deseo,
Y así el deseado efeto salió en vano:
Que el esforzado Rengo de un rodeo
Le lleva largo trecho por el llano,
Sobre los cuerpos muertos tropezando,
Siempre con mas furor sobre él cargando.

Andrea, de empacho ardiendo en rabia viva

Sintiéndose de un hombre así apurado,
Firme en el suelo con los piés estriba
Cobrando esfuerzo del honor sacado:
Y de manera sobre Rengo arriba,
Que de tierra lo lleva levantado,
Que era de fuerza grande y de gran prueba
Bastante á comportar la carga nueva.

Yo vi entre muchos jóvenes valientes
Sobre pruebas de fuerza porfiando,
Trabar él una cuerda con los dientes,
Asiendo cuatro della y estribando
Todos á un tiempo á partes diferentes,
Á su pesar llevarlos arrastrando;
Y de solos los dientes se valia,
Que las manos atrás presas tenia.

Y con facilidad y poca pena
La mayor bota ó pipa que hallaba,
Capaz de veinte arrobas de agua llena,
De tierra un codo y mas la levantaba;
Y suspendida sin verter serena
La sed por largo espacio mitigaba,
Bajándola despues al suelo llano,
Como si fuera un cántaro liviano.

Aconteció otras veces barqueando
Rios en esta tierra caudalosos,
Ir la corriente el impetu esforzando
A desbrabar en riscos peñascosos
Arrebatando el barco, no bastando
La fuerza de los remos presurosos;
Y él cubierto de malla como estaba
Luego animoso al agua se arrojaba;

Y una cuerda en la boca revolviendo
Al furioso raudal el duro pecho,
Los piés y fuertes brazos sacudiendo
Rompió por la canal casi derecho:
Remolcando la barca, y resistiendo
El impetu del agua del estrecho,
Lá sacaba á la orilla en salvamento
Haciendo otras mil cosas que no cuento.

Á Rengo aquí tambien sobrepujaba,
Que no fué de su fuerza menor prueba;
Pero Rengo que en ira se abrasaba
Viendo que sin firmarse alto lo lleva,

Hizo por fuerza pié , y sobre él tornaba
Sacando la vergüenza fuerza nueva ;
Pero al cabo los dos se desasieron ,
Y otra vez á las armas acudieron .

Y comienzan de nuevo el fiero asalto ,
Como si descansaran todo el dia ;
Ora presto por bajo , ora por alto
Sin miedo él uno al otro acometia :
Rengo , que de armadura estaba falto
Con tal destreza y maña se regia ,
Que sostiene en un peso aquella guerra ,
No perdiendo una minima de tierra .

Con presteza una vez tal golpe asienta
Al valiente cristiano por un lado ,
Que toda la persona le atormenta
Segun que fué de fuerza muy cargado :
Otro redobla y otro , y á mi cuenta ,
Al cuarto que bajaba mas pesado ,
El astuto italiano se desvia ,
Y de una punta al bárbaro heria .

La espada le atraviesa el brazo fuerte
Abriéndole en el lado una herida ;
Mas fué tal su ventura y diestra suerte
Que no le privó el golpe de la vida :
El bárbaro en ponzoña se convierte ,
Y con braveza fuera de medida ,
Con el fiero enemigo fué en un punto
Descargando la maza todo junto .

El italiano en alto el medio escudo
Alzó por recoger el golpe extraño ;
Pero del todo resistir no pudo ,
Aunque se reparó parte del daño :
Batióle la cabeza el golpe crudo ,
Y cual si el morrion fuera de estaño ,
Y no de fuerte pasta bien templado ,
Así de aquella vez quedó abollado .

Dos ó tres pasos dió desvanecido
Del golpe el italiano vacilando ,
Perdida la memoria y el sentido ,
Y anduvo por caer titubeando :
La sangre por el uno y otro oido
Le reventó en gran flujo , como cuando
Revienta de abundancia alguna fuente ;

Y en pié se tuvo bien difícilmente .

Pero vuelto en su acuerdo , que se mira
Lleno de sangre y puesto en tal estado ,
Mas furioso que nunca , ardiendo en ira
De verse así de un bárbaro tratado ,
El brazo con el pié diestro retira
Para tomar mas fuerza , y el pesado
Cuchillo derribó con tal ruido ,
Que revocó en los montes del sonido .

Rengo , que el gran cuchillo bajar siente
Y el ímpetu y furor con que venia ,
Cruzando la alta maza osadamente
Al reparo debajo se metia :
No fué la asta defensa suficiente
Por mas barras de acero que tenia ,
Que á tierra vino della una gran pieza
Y el furioso cuchillo á la cabeza .

Fué este golpe terrible y peligroso ,
Por do una roja fuente manó luego ,
Y anduvo por caer Rengo dudoso ,
Atónito y de sangre casi ciego :
El italiano allí no perezoso ,
Viendo que no era tiempo de sosiego ,
Baja otra vez el gran cuchillo agudo
Con todo aquel vigor que dalle pudo .

En medio de la frente en descubierto
Hiere al turbado Rengo el italiano ,
Y hubiérale de arriba abajo abierto ,
Si no torciera al descargar la mano :
El golpe fué de llano , y como muerto
Vino al suelo tendido el araucano ;
Y el cuchillo del golpe atormentado
Por tres ó cuatro partes fué quebrado .

Crino , que volvió el rostro al gran ruido
Del poderoso golpe y la caída ,
Viendo al valiente Rengo así tendido
Pensó que era pasado desta vida ,
Y de amistad y deudo conmovido ,
La espada de su propio amo homicida
Que en Penco Tucapel ganado habia ,
En venganza del bárbaro esgrimia .

Pasa al Andrea de un golpe el estofa do
No reparando en él la cruda espada ,

Que rompiendo la malla por el lado
Le penetró hasta el hueso la estocada :
Vuelve con un mandoble , y recalado
Andrea viendo venir la cuchillada ,
Fué tan presto con él por resistirle ,
Que no le dejó tiempo de herirle.

Sin darle mas lugar con él se afierra ,
Donde en satisfaccion de la herida ,
Alzándole bien alto de la tierra
De espaldas le tendió con gran caida ;
Y por dar presto fin á aquella guerra ,
La espada le quitó y luego la vida ,
Metiéndose tras esto por la parte
Que andaba mas sangriento el fiero Marte

Hiende por do el monton ve mas estrecho :
¡ Triste de aquel que allí con él se junta !
Uno parte al través , otro al derecho ,
Otro al sesgo , otro ensarta de una punta ,
Otros que tiende , aun no bien satisfecho
A coces los quebranta y descoyunta :
Brazos , cabezas por el aire avienta ,
Sin términos , sin número ni cuenta.

El buen Lasarte con la diestra airada
En medio del furor se desenvuelve ;
Pasa el pecho á Talcuen de una estocada
Y sobre Titaguan furioso vuelve ;
Abrióle la cabeza desarmada ;
Mas el rabioso bárbaro revuelve ,
Y antes que la alma diese , le da un tajo
Que se tuvo al arzon con gran trabajo.

Pacheco á Norpa abrió por el costado ,
Y á Longoval derriba tras el muerto.
Pues Juan Gomez tambien por aquel lado
De fresca sangre bárbara cubierto
Habia de un golpe á Colca derribado
Y á Galvo el desarmado vientre abierto :
El bárbaro mortal , la color vuelta,
Dió en el postrer suspiro la alma envuelta.

Gabriel de Villagran no estaba ocioso :
Que á Zinga y á Pilloico habia tendido ,
Y andaba revolviéndose animoso
Entre los hierros bárbaros metido.
El rumor de las armas sonoro ,

Los varios apellidos y el ruido
A las aves confusas y turbadas
Hacen estar mirándolos paradas.

Crece la rabia y el furor se enciende ,
La gente por juntarse se apiñaba ;
Que ya ninguno mas lugar pretende
Del que para morir en pié bastaba.
Quién corta , quién barrena , rompe , hiende ;
Y era el estrecho tal y priesa brava ,
Que sin caer los muertos , de apretados
Quedaban á los vivos arrimados.

La soberbia , furor , desden , desnudo ,
La priesa de los golpes y dureza ,
Figurarla del todo aquí no puedo ,
Ni la pluma llevar con tal presteza :
De la muerte ninguno tiene miedo ;
Antes si vuelve el rostro , mas tristeza
Mostraban , porque claro conocian
Que vencidos quedaban si vivian.

Mas aunque de vivir desconfiaban ,
Perdida de vencer ya la esperanza ,
El punto de la muerte dilataban
Por morir con alguna mas venganza ;
Y no por esto el paso retiraban ,
Ni el pecho rehusaban de la lanza ,
Si por mover un paso como digo ,
Dejasen de ofender al enemigo.

Cuatro aquí , seis allí , por todos lados
Vienen sin detenerse á tierra muertos ,
Unos de mil heridas desangrados ,
De la cabeza al pecho otros cubiertos :
Otros por las espaldas y costados ,
Los bravos corazones descubiertos :
Así dentro en los pechos palpitaban
Que bien el gran coraje declaraban.

Quién en sus mismas tripas tropezando
Al odioso enemigo arremetia ;
Quién por veinte heridas resollando
Las cubiertas entrañas descubria ;
Allí se vió la vida estar dudando
Por qué puerta de súbito saldria :
Al fin salia por todas , y á un momento
Faltaba fuerza , vida , sangre , aliento.

Ya pues no estaba en pié la octava parte
De los bárbaros muertos no rendidos;
Villagran que miraba esto de aparte,
Viendo los que quedasan tan heridos
Les envió con dos indios de su parte
A decir que se entreguen por vencidos,
Sometiéndose al yugo y obediencia,
Y que usará con ellos de clemencia.

Todos los españoles retrujeron
Las espadas y el paso en el momento,
Y los dos mensajeros propusieron
El pacto, condicion y ofrecimiento;
Pero los araucanos cuando oyeron
Aquel partido infame, el corrimiento
Fué tanto y su coraje, que respuesta
No dieron á la plática propuesta.

Los ojos contra el cielo vueltos, braman:
Morir, morir, no dicen otra cosa;
Morir quieren, y así la muerte llaman
Gritando: «Afuera vida vergonzosa:»
Esta fué su respuesta y esto claman,
Y á dar fin á la guerra sanguinosa
Se disponen con ánimo y braveza,
Sacando nuevas fuerzas de flaqueza.

Espaldas con espaldas se juntaban
Algunos de rodillas combatiendo,
Que las tullidas piernas les faltaban
Sostenerse sobre ellas no pudiendo,
Y aun así las espadas rodeaban:
Otros que ya en el suelo retorciendo
Se andaban, por dañar lo que podían
A los contrarios piés se revolían.

Viéranse vivos cuerpos desmembrados
Con la furiosa muerte porfiando,
En el lodo y sangraza derribados,
Que rabiosos se andaban revolcando.
De la suerte que vemos los pescados
Cuando se va algun lago desaguando,
Que entre dos elementos se estremecen,
Y en ellos revolcándose perecen.

Si el crudo Sila, si Neron sangriento,
Por mas sed que de sangre ellos mostraran,
Della vieran aqui el derramamiento,

Yo tengo para mí que se hartaran;
Pues con mayor rigor á su contento
En viva sangre humana se bañaran,
Que en Campo Marcio Sila carnicero,
Y en el foro de Roma el bestial Nero.

Quedaron por igual todos tendidos
Aquellos que rendir no se quisieron,
Que ya al fin de la vida conducidos
Á la forzosa muerte se rindieron:
Los lasos españoles mal heridos
De la cercada plaza se salieron
De armas y cuerpos bárbaros tan llena,
Que sobre ellos andaban á gran pena.

Ningun bárbaro en pié quedó en el fuerte,
Ni brazo que mover pudiese espada:
Solo Mallen, que al punto de la muerte
Le dió de vivir gana acelerada;
Y rendido al temor y baja suerte,
Viéndose de una fiera cuchillada
En el siniestro brazo mal herido,
Detrás de un paredon se habia escondido.

No sintiendo el rumor que antes se oia
Que en torno retumbaba todo el llano,
Que como dije ya la muerte habia
Puesto silencio con airada mano,
Dejó aquel paredon, y á ver salia
Si hallaba por alli algun araucano
Á quien se encomendar que le salvase
Y la sensible llaga le apretase.

Mas cuando vió la plaza cuál estaba,
Y en sus amigos tal carnicería,
Que aunque la muerte los desfiguraba,
La envidia conocidos los hacia:
Con ira vergonzosa presentaba
La espada al corazon, y así decia:

«¿Cómo yo solo quedo por testigo
De la muerte y valor de tanto amigo?
«Cobarde corazon, por cierto indigno
De algun golpe de espada valerosa,
Pues fué por eleccion y no destino
Perder una sazon tan venturosa.
Tú me apartaste ¡oh flaco! del camino
De un eterno vivir, y á vergonzosa

Muerte he venido ya con mengua tuya,
Por mas que la mi diestra lo rehuya.

«Si á misangre con esta del estado
Mezclarse aquí le fuere concedido,
Viendo mi cuerpo entre estos arrojado,
Aunque de brazo débil ofendido,
Quizá seré en el número contado
De los que así su patria han defendido;
Mas ¡ay triste de mí! que en la herida
Será mi flaca mano conocida.

«¿Qué indicios bastarán, qué recompensa,
Qué enmienda puedo dar de parte mia,
Que yo satisfacer pueda á la ofensa
Hecha á mi honor y patria y compañía?
Yo turbo el claro honor y fama inmensa
De tantos, pues podrán decir que habia
Entre ellos quien de miedo bajamente
Del enemigo apenas vió la frente.

«¿Por qué al temor doy fuerzas dilatando
Con prolijas razones mi jornada?
Arrepentirme ¿qué aprovecha, cuando
Ya el arrepentimiento vale nada?»
Aquí cerró la voz, y no dudando
Entrega el cuello á la homicida espada:
Corriendo con presteza el crudo filo
Sin sazón de la vida cortó el hilo.

Cese el furor del fiero Marte airado
Y descansen un poco las espadas,
Entre tanto que vuelvo al comenzado
Camino de las naves derramadas:
Que contra el recio Noto porfiando
De Neptuno las olas levantadas,
Prohejando por fuerza iban rompiendo
Del viento y agua el impetu venciendo.

Por entre aquellas islas navegaron
De Sangallá, do nunca habita gente,
Y las otras ignotas se dejaron
A la diestra de parte del Poniente,
A Chaule á la siniestra, y arribaron
En Arica, y despues dificilmente
Vimos á Capiapó, valle primero
Del distrito de Chile verdadero.

Allí con libertad soplan los vientos

De sus cavernas cóncavas saliendo,
Y furiosos, indómitos, violentos,
Todo aquel ancho mar van discurriendo,
Rompiendo la prision y mandamientos
De Eolo su rey, el cual temiendo
Que el mundo no arruinen, los encierra
Echándoles encima una gran sierra.

No con esto su furia corregida,
Viéndose en sus cavernas apremiados
Buscan con gran estruendo la salida
Por los huecos y cóncavos cerrados;
Y así la firme tierra removida
Tiembla, y hay terremotos tan usados,
Derribando en los pueblos y montañas
Hombres, ganados, casas y cabañas.

Menguan allí las aguas, crece el día
Al evés de la Europa, porque es cuando
El sol del equinoccio se desvia,
Y al Capricornio mas se va acercando:
Pues desde allí las naves que á porfia
Corren al mar, y al Austro contrastando
De Bóreas ayudadas luego fueron,
Y en el puerto coquimbico surgieron.

Apenas en la deseada arena
Salidos de las naos el pié firmamos,
Cuando el prolijo mar, peligro y pena
De tan largos caminos olvidamos:
Y á la nueva ciudad de la Serena,
Que es dos leguas del puerto, caminamos
En lozanos caballos guarnecidos,
Al esperado tiempo prevenidos.

Donde un caricioso acogimiento
A todos nos hicieron y hospedaje,
Estimando con grato cumplimiento
El socorro y larguísimo viaje;
Y de dulce frescos y bastimento
Al punto se aprestó el matalotaje,
Con que se reparó la hambrienta armada
Del largo navegar necesitada.

A la gente y caballos aguardaban
Que por áspera tierra y despoblados
Rompiendo con esfuerso caminaban
De hambres y trabajos fatigados;

Pero á cualquier fortuna contrastaban,
Y desde poco á la ciudad llegados
Un mes en mucho vicio reposaron,
Hasta que los caballos reformaron.

Al fin del cual sin esperar la flota,
Reparados del áspero camino
Toman de su demanda la derrota,
Llevando á la derecha el mar vecino:
Pasan la fértil Ligua, y á Quillota
La dejaron á un lado, que convino
Entrar en Mapochó, que es do pasaron
Las reliquias de Penco que escaparon.

El sol del comun Géminis salía
Trayendo nuevo tiempo á los mortales,
Y del solsticio por cénit hería
Las puertas y region setentrionales:
Cuando es mayor la sombra al mediodía
Por este apartamiento en las australes,
Y los vientos en mas libre ejercicio
Soplan con gran rigor del austral quicio.

Nosotros sin temor de los airados
Vientos, que entonces con mayor licencia
Andan en esta parte derramados,
Mostrando mas entera su violencia,
A las usadas naves retirados,
Con un alegre alarde y apariencia
Las aferradas áncoras alzamos,
Y al Norueste las velas entregamos.

La mar era bonanza, el tiempo bueno,
El viento largo, fresco y favorable,
Desocupado el cielo y muy sereno
Con muestra y parecer de ser durable:
Seis dias fuimos así; pero al seteno
Fortuna que en el bien jamás fué estable,
Turbó el cielo de nubes, mudó el viento
Revolviendo la mar desde el asiento.

Bóreas furioso aquí tomó la mano
Con presurosos soplos esforzados,
Y súbito en el mar tranquilo y llano
Se alzaron grandes montes y collados.
Los españoles, que el furor insano
Vieron del agua y viento, atribulados
Tomaran por partido estar en tierra,

Aunque del todo hubiera fin la guerra.

De mi nave podré solo dar cuenta
Que era la capitana de la armada,
Que arrojada de la áspera tormenta
Andaba sin gobierno derramada.
Pero ¿quién será aquel que en tal afrenta
Estará tan en sí que falte en nada?
Que el general temor apoderado
No me dejó aun para esto reservado.

Con tal furia á la nave el viento asalta,
Y fué tan recio y presto el terremoto,
Que la cogió la vela mayor alta,
Y estaba en punto el mástil de ser roto;
Mas viendo el tiempo así turbado, salta
Diciendo á grandes voces el piloto:

«¡Larga la triza en banda, larga, larga!
¡Larga presto, ay de mí! que el viento carga.»

La braveza del mar, el recio viento,
El clamor, alboroto, las promesas,
El cerrarse la noche en un momento
De negras nubes, lóbregas y espesas;
Los truenos, los relámpagos sin cuento,
Las voces de pilotos y las priesas
Hacen un són tan triste y armonía,
Que parece que el mundo perecía.

«¡Amaña, amaña! gritan marineros;
«¡Amaña la mayor, iza trinquete!»
Esfuerzan esta voz los pasajeros,
Y á la triza un gran número arremete:
Los otros de tropel corren ligeros
A la escota, á la braza, al chafaldete;
Mas del viento la fuerza era tan brava,
Que ningun aparejó gobernaba.

Abrese el cielo, el mar brama alterado,
Gime el soberbio viento embravecido;
En esto un monte de agua levantado
Sobre las nubes con un gran ruido
Embistió el galeon por un costado
Llevándolo un gran rato sumergido,
Y la gente tragó del temor fuerte
A vueltas de agua la esperada muerte.

Mas quiso Dios que de la suerte, como
La gran ballena el cuerpo sacudiendo,

Rompe con el furioso hocico romo
De las olas el impetu venciendo ;
Descubre y saca el espacioso lomo
En anchos cercos la agua revolviendo :
Así debajo el mar salió el navio
Vertiendo á cada banda un grueso rio.

El proceloso Bóreas mas crecido
La mar hasta los cielos levantaba ,
Y aunque era un mangle el mástil muy fornido ,
Sobre la proa la alta gavia estaba :
La gente con gran fuerza y alarido
En amainar la vela porfiaba ,
Que en forma de arco al mástil oprimia ,
Y así la racamenta no corria.

Eolo , ó ya fué acaso , ó se doliendo
Del afligido pueblo castellano ,
Iba al valiente Bóreas recogiendo
Queriendo él encerrarle por su mano :
Y abriendo la caverna , no advirtiendo
Al Céfiro que estaba mas cercano ,
Rotas ya las cadenas á la puerta ,
Salió bramando al mar , viéndola abierta.

Y con violento soplo arrebatando
Cuantas nubes halló por el camino ,
Se arroja al levantado mar , cerrando
Mas la noche con negro torbellino ;
Y las valientes olas reparando
Que del furioso cierzo repentino
Iban la via siguiendo , las airaba ,
Y el removido mar mas alteraba.

Súbito la borrasca y travesía ,
Y un turbion de granizo sacudieron
Por un lado á la nao , y así perdía ,
Que al mar las altas gaviatas descendieron :
Fué la furia tan presta , que aun no habia
Amainado la gente , cuando vieron
Los pilotos la costa y viento airado ,
Rindieron la esperanza al duro hado.

La nao del mar y viento contrastada
Andaba con la quilla descubierta ,
Ya sobre sierras de agua levantada ,
Ya debajo del mar toda cubierta :
Vino en esto de viento una grupada

Que abrió á la agua furiosa una ancha puerta ,
Rompiendo del trinquete la una escota ,
Y la mura mayor fué casi rota.

Alzóse un alarido entre la gente
Pensando haber del todo zozobrado ;
Miran al gran piloto atentamente
Que no sabe mandar de atribulado ;
Unos dicen : ¡ zaborra ! otros : ¡ detente !
¡ Cierra el timon en banda ! y cuál turbado
Buscaba escotillon , tabla ó madero ,
Para tentar el medio postrimero.

Crece el miedo , el clamor se multiplica ,
Uno dice : ¡ á la mar ! otro : ¡ arribemos !
Otro da grita : ¡ amaina ! otro replica :
¡ A orza , no amainar que nos perdemos !
Otro dice : ¡ herramientas ; pica , pica !
¡ Mástiles y obras muertas derribemos !
Atónita de acá y de allá la gente
Corre en monton confuso diligente.

Las gúmenas y jarcias rechinaban
Del turbulento Céfiro estiradas ,
Y las hinchadas olas rebramaban
En las vecinas rocas quebrantadas :
Que la escura finiebla penetraban ,
Y ser razon de nubes intrincadas ;
Y así en las peñas ásperas batian
Que blancas hasta el cielo resurtian.

Travesía era el viento , y por vecina
La brava costa de arrecifes llena ,
Que del grande reflujo en la marina
Hervía el agua mezclada con la arena :
Rota la escota , larga la bolina ,
Suelto el trinquete , sin calar la entena ,
Y la poca esperanza quebrantada
Por el furioso viento arrebatada.